Y ahora, nosotros

Sentado en su sillón canela de cuero de imitación, deja caer la mano hacia la gravedad incipiente del suelo, casi sin sentir la fuerza con la que el parqué ha dejado de tirar de sí mismo ahora que apenas le importa lo que ocurra en la tierra. Con destreza, una sombra cuadrúpeda se acerca y sigilosa se sienta a los pies de su amo. El lomo afilado del galgo busca llamar la atención de su dueño, que le acaricia y suspira. Aún queda algo de hierba en su sonrisa de asfalto.

El tic tac del reloj apremia las horas que no cesan, el vaivén de las figuritas de cerámica sobre el televisor. Junto a ellos, una cama concede un único deseo: respiración asistida. La luz se filtra creando un desierto entre las sábanas blancas, formando un mar de espuma en el que todos los barcos se están hundiendo. Allí descansa, estuporosa y débil, alguien que solo puede ser ella, Carlota, la mujer que ahora es una dulce agonía, un camino hacia el cielo, un estado rem de los sueños. Su pecho se deprime e inspira cada vez más despacio, o eso cree él, aunque ya no sabría decirse a sí mismo si es real o ni tan siquiera se eleva su cavidad torácica. Porque le duele cada minuto que acorta un poco más su vida y sobre todo la de ella. Porque es de noche, y hace frío, y él solo quiere abrazarla.
Vuelve a mirar al perro, que emite un gruñido como queriendo decir “yo tampoco creo que sea justo”.

-Ya lo sé, Bakio, esto es cada vez más insoportable, pero ahora debemos ser fuertes los dos, más incluso de lo que era ella- comienza a titubear el hombre, mientras no deja de acariciar a su perro-. ¿Sabes qué? Creo que nunca te hemos contado la historia de tu nombre, aunque pensándolo bien, es lógico que no lo hayamos hecho, dado que en tu cabeza todo esto que estoy parloteando debe sonarte como “guau, guau” y esas onomatopeyas que usan los dibujantes de los comics. Pero bueno, en vista de que las siguientes horas van a resultar difíciles y duras, será mejor fingir que puedes escucharme- dictamina el hombre tras un breve suspiro; entonces el perro alza las orejas, como respondiendo con una señal divina que consigue reforzar la seguridad de sus palabras-. ¿Quieres escuchar la historia? Pues bien, te cuento: resulta que Bakio es un pequeño pueblo de Vizkaya donde Carlota y yo pasamos unos días del verano del 63. Era una zona costera y nos pillaba de paso en nuestra ruta de vacaciones estival. Siempre nos ha encantado viajar, ya lo sabes, y cuando aún no éramos ni marido, ni mujer, ni tan siquiera dueños de un destino común, aprovechábamos cualquier periodo de vacaciones para hacer una escapada. País Vasco es un lugar precioso donde tú también has paseado, pero, concretamente, ese mes de Julio, un brillo poderoso se había apoderado del ambiente. Alquilamos un diminuto apartamento que hizo las

veces de estancia y de testigo de nuestra lujuria juvenil… Verás, hicimos el amor tantas veces que ya no sabíamos distinguir los sueños de un orgasmo. Ya sé que tú no entiendes bien como funcionamos los humanos respecto a estos temas tan vertiginosos; para ti supongo que solo existe el instinto, pero no puedes imaginar lo increíble que resulta querer así a una persona y poder manifestarlo de un modo tan literal y puro.

>>Cuando muchos años después nuestros hijos nos dieron los primeros nietos y decidimos que nosotros también queríamos asistir al fenómeno del crecimiento de una nueva vida, fuimos a la protectora de animales donde te encontramos. Todo el mundo nos había insistido en que, a pesar de nuestros sesenta y tantos años, seríamos capaces de cuidar una mascota. Si te soy sincero, Bakio, al principio tuve un poco de miedo por si a Carlota o a mi nos sucedía alguna de esas enfermedades de los viejos como la rotura de cadera o una gripe mortal, porque aquello supondría cargar a nuestros hijos con los cuidados de un perro que ellos no habían decidido adoptar. Sin embargo, Carlota insistió tanto en que quería tener un perrito en casa que no pude más que aceptar su petición. Es imposible no rendirse a sus ojos de mirada dorada… El caso es que al principio no teníamos muy claro cómo funcionaba esto de las mascotas porque nunca nos habíamos atrevido a tener una (entre el trabajo, los niños y demás… ya sabes). Y claro, estaba el dilema del nombre: bastante incertidumbre nos había creado la elección del nombre de nuestros hijos como para ponernos de acuerdo al bautizar un perro. Yo sugerí “Lassy” con el fin de concentrar todos los tópicos y que Carlota se diese cuenta de que aquello no era una buena idea, pero no funcionó. Porque justo la tarde en que nos dirigíamos a tu perrera, la radio del coche mencionó casi por casualidad la belleza de la “Euskal kostaldea” o costa vasca, a la que este pequeño pueblecito que te da nombre pertenece. Carlota y yo nos miramos y ambos volvimos a tener veinte tantos, a estar desesperados por tanto amor, a sentir el viento palpitando en los pulmones, y sonreímos. Bakio sería un nombre perfecto.

El anciano interrumpe su discurso de adviento y escarcha para acomodarse sobre el sillón. Le tiemblan las manos y el aliento, mientras dirige la mirada, casi como pidiendo permiso, a la cama donde descansa su esposa, Carlota. Ella no emite apenas un sonido que justifique que siga viva, no llora, ni lucha por estar despierta. Simplemente reposa sobre un colchón con sopor e inocencia, sin ser consciente de que el sistema de suero conectado a sus venas no tardará en dejar de fluir. Puede que el latido de su corazón sea un débil suspiro al fonendoscopio, que su voz no sea capaz de articularse con sus labios sin bisagras, que sus nervios espinales tengan miedo, un miedo terrible a la muerte inminente que los desgarra… Pero eso nadie lo sabe porque desde que

perdió la consciencia hace tres días, no es capaz de mostrar absolutamente ningún sentimiento. Y eso es algo que él no puede soportar. Su mujer, a la que tanto ha amado, a la que tanto ama, ha sido castigada sin sentimientos. Desde entonces, duerme todas las noches al regazo de su cama al igual que Bakio, gimoteando ambos cuando se despiertan y la realidad les recuerda que su mujer en su caso (y su ama en el otro) no va a progresar mucho más allá de ese camino tejido con hilos de sangre que castiga el destino sin fuerza pero con ganas.

Desde que la enfermedad de Carlota comenzó a progresar a un ritmo vertiginoso, aquella casa se convirtió en un templo de la desesperanza. Sin embargo, y su marido lo sabe bien, su estado había empezado a empeorar hacía mucho tiempo, pero el único que se había dado cuenta era Bakio. Aquel galgo que ella tanto adoraba y que en los últimos meses jamás se había alejado de ella. Carlota supo entonces que algo malo ocurría y que el perro lo había comprendido, pero no quiso dar la voz de alarma. Su debilidad y el avance de la enfermedad serían un secreto entre su mascota y ella. Bakio la aguardaría paciente cada mañana con el hocico sobre su almohada, ladrando con felicidad y optimismo cada día que ella abriese de nuevo los ojos.
Pero el punto crítico llegó y ahora Bakio lleva muchas madrugadas esperando que ella eleve sus párpados y sonría para después salir a pasear por el jardín junto al perrito y su marido. Éste, por su parte, ha continuado con la rutina de los paseos matutinos que antes compartía con su esposa y el perro, pero sin ella. Hoy, sin embargo, no ha habido paseo, y Bakio sabe que eso sólo puede significar una cosa.

-Ella lamenta mucho no poder ocuparse de ti, ¿sabes, pequeño?-dice el hombre al recordar aquel detalle-. Lleva todo este mes diciéndome lo culpable que se siente por no llevarte al parque a que juegues con el resto de perros, pero se sentía tan agotada que ni siquiera era capaz de levantarse de la cama. Pero tu amita te quiere mucho. De hecho, algunas veces, he dudado si entre tú y yo te elegiría a ti, jé. Sí, sí, no me pongas ojitos de cordero degollado, que todo el mundo sabe que tú juegas con ventaja. Como te iba contando, desde que te vio en la perrera se enamoró de ti. Recuerdo que dijo “este perro me estaba esperando” cuando sin venir a cuento saliste corriendo hacia ella con la intención de babosearla. El chico encargado de la perrera nos dijo que eras especialmente asustadizo y, sin embargo, no dudaste en que con aquella mujer de pelo blanco no correrías peligro alguno. Que listo eres, pensé. ¿Con quién ibas a estar mejor que con ella? ¿Con quién vamos a estar mejor que con ella? ¿Quién va a sostener el futuro en sus manitas arrugadas mientras nos acaricia el alma a los dos a la vez, apoyado tú a sus pies y yo en su regazo? Nadie,

Bakio. Nadie podría hacerlo mejor que ella: lo de cuidarnos, quiero decir. Desde aquel día en que entraste en nuestra casa y comenzaste a formar parte de esta familia, Carlota recobró ese brillo en los ojos que solo he logrado ver cinco veces más en su vida: la primera vez fue cuando hice el ridículo pidiéndole que se casase conmigo en medio del acantilado de Cabo Ortegal, mientras un viento del norte horrible hacia que se volasen los poemas que le había escrito con la intención de leerlos en aquel utópico paisaje. La segunda vez fue cuando nació Lara y la tercera con Miguel. La cuarta y la quinta con la llegada de nuestros nietos. Y después, contigo, perrete con suerte. Cuando te acurrucaste junto a ella en el sofá la primera noche, después de un agitado viaje en coche desde la perrera, Carlota se mordió el labio sutilmente y, con la mirada llena de luz estival, te acarició el lomo y dijo "Bakio, cariño, a partir de ahora estarás bien". Y no se equivocó, ¿verdad?- interrumpe la conversación por un momento para comprobar si el perro sigue atento, y así es-. Estoy seguro de que con ella has sido uno de los perros más felices o, por lo menos, mejor alimentado, ¿eh? No sé, Bakio, tu amita está muy enferma y ni siquiera es consciente de que estamos aquí, o quizás sí, pero parece que a partir de ahora tendrás que darme la patita a mí para que te premie con un trozo de salchicha, o traerme corriendo las zapatillas mientras aún me desenvuelvo de un sueño para que salgamos a pasear, o saltar sobre mis rodillas para que te frote con fuerza la barriga y empieces a sacudir las patas traseras, o ayudarme a afrontar esta vida sin ella…

No puede evitarlo: el cristal salado de sus glándulas lagrimales comienza a secretar desaliento. Es la nostalgia, que va a atropellarlo con la inercia de un tranvía. Es el miedo convertido en una tarde de lluvia febril.

Siente el tacto suave del pelaje de Bakio entre sus dedos y disfruta del momento. Se concentra en el sabor a mar de sus lágrimas amargas, en el rayo de luz que difumina una sombra sobre el pecho de su esposa, en sus canas (porque Carlota siempre se negó a tintar con mentiras su belleza), en la ventilación uniforme del respirador mezclado con sus pulmones. Hace mucho tiempo ella decidió que moriría en casa y así se va a hacer cumplir. Pidió explícitamente que llevasen los aparatejos médicos que fuesen indispensables para permitirla disfrutar de sus últimos días en casa y en paz, con su marido y su perro, como habían transcurrido los anteriores años de su vida.

Carlota sabía que sería duro, pero solo pudo decir "Tranquilo, cariño. No quiero que estés solo cuando ocurra, pero tampoco que nuestros hijos se empapen de tanta tristeza. Así que quiero que Bakio esté contigo; te dará las fuerzas que a mí apenas me quedan. Hazlo por mi…"

-Maldita sea, Bakio. Hasta confía más en ti que en mí. Tiene gracia, ¿verdad? ¡En seis años casi has vencido mis 49 años de matrimonio! De hecho, estoy seguro de que si hubiésemos podido celebrar nuestras bodas de oro, Carlota te habría elegido como padrino o algo así, jé. ¿Te imaginas? Un perro llevando las arras a una novia vestida de domingo y vejez. Hubiese sido divertido, la verdad, que eso es al fin y al cabo por lo que ha luchado siempre Carlota: por hacernos reír a los demás, por asegurarse de que éramos felices y prendíamos de futuro nuestras heridas.

>>Por eso supongo que a partir de ahora debo retomar su labor en todos los aspectos de la vida. Quiero decir que, al igual que voy a encargarme de cuidarte con la absoluta devoción con que ella lo hacía, me veo obligado a mantener su espíritu en esta casa, en el barrio, en los saludos amistosos al panadero y en los bancos del parque. Ella quiere que todo lo imposible sea imposible, menos nosotros. Aunque resulta inevitable no resumir que la soledad es lo que hay antes y después de su nombre.

En ese momento el perro, con aires de indignación mal disimulados, emite un gruñido que solo puede significar que ha captado cada uno de los matices con que su dueño ha hablado. El hombre, con las cejas arqueadas, se ríe primero despacio y después con algo más de entusiasmo, sorprendido y a la vez fascinado por que realmente Bakio ha sido consciente de que, de un modo u otro, lo ha menospreciado.

-Oh, no, no me malinterpretes. No hablo de la soledad como tal; ya sé que tú estás y estarás aquí conmigo. Me refería a un plano más humano de la soledad, mi querido Bakio. Esa sensación de perder a tu compañera, a tu socia. Es muy complicado de entender, ¿sabes? Una parte de mí se evapora con cada uno de los latidos de su corazón. Me estoy desgarrando las entrañas mientras la observo morir y no lamento no hacer nada. Porque está a punto de marcharse de este mundo egoísta y cruel para volar hacia ningún lugar concreto. Ella dice que seguirá aquí, en nuestra casa, despertándose cada mañana para afrontar las horas junto a nosotros. Me ha pedido que cuide de ti porque si no se vengará: ha amenazado con que empezará a aparecer por la casa en plan fantasmagórico para asustarme, ¿te lo puedes creer? También me ha advertido que no me olvide de ponerte un poco de pollo los fines de semana porque ya se sabe que los domingos son días para comer bien y no vas a ser tú menos (todo esto es textual). Y yo le he dicho que sí, que por supuesto. Que voy a cuidar de ti y de mí, que vamos a ver juntos la televisión por las tardes y que te leeré pasajes de mis libros en voz alta como solía hacer con ella, aunque tú no estés demasiado

interesado en la literatura de Julio Cortázar o en la vida de Ana Karenina. Pero da igual, te rascaré el lomo entre tanto y todo será mucho más agradable.

Bakio agita la cola y se mece contento en las tres dimensiones del espacio, quizás radiante porque piensa en la comilona de los domingos (o quizás radiante porque ha conseguido sacar a traslucir la sonrisa de su amo). Da igual. Está feliz y lo demuestra con la sinceridad de la serotonina, aullando travieso y con ganas a las piernas de este hombre sonriente.

Es curioso contemplar el largometraje de tres vidas entrelazadas que de repente se separan. Que se paran. Ver el brillo cruel en la mirada de él mientras ella se marcha. Observar cómo se aferra a la realidad que aún lo une a ella: Bakio, su precioso galgo.

Ahora lo entiende todo. La vitalidad que pareció recuperar Carlota con la llegada del perrito a casa nacía de la nobleza del animal, de la belleza de sus pasos por la alacena, de su total devoción por el juego y del amor ineludible con el que respondía a las caricias. Ese perro les recordó que aún tenían mucho camino que recorrer e inventar juntos, que la vejez no les vencería tan pronto y que, sin lugar a dudas, el término "juntos" sería siempre indispensable en sus vidas. Les demostró que el futuro también podía merecer la pena. Con los años, ambos creyeron que ya estaba todo hecho, que habían cumplido con su labor en la vida, pero Bakio les recordó que la ilusión no es un invento o que aún tenían el poder definitivo de hacerse un terremoto (y buscarse las manos desde la magia o el viento).

Pero entonces el silencio interrumpe el chirrido incesante que reina el cuarto. La falta total de ruido colapsa las paredes tintadas de escarcha, e inunda el ambiente desde los pies hasta la calma. Algo ha ocurrido y los tres saben que es. Bakio es el primero en responder: se levanta de un brinco y en dos zancadas alcanza la cama de Carlota. Ella ha abierto los ojos, que están más puros y atemporales que nunca. Con las manos temblando en el aire, su marido se levanta del sillón y camina hacia ella. Al fin, se dice a sí mismo, cuando su subconsciente de repente habla.

-Carlota…

El hombre se arrodilla al lado de la cama, buscando desesperado la mano de ella. El perrito frota su morro contra él, queriendo volver quizás a una realidad menos desafortunada.
Carlota no dice nada, pero sabe que ha llegado el momento y que debe sonreír, aunque esa sonrisa ya sea una grieta macabra abriéndose en el pecho de nadie. Comprueba con un gesto de ojos rápido que todo marcha según lo previsto: su marido y su perro continúan a su lado y velan su

camino de vuelta. Todo es perfecto, por tanto, y puede dejar este mundo en el que su boceto ya está terminado.

Bakio se sube a la cama con tempestad pero nadie parece hacer nada por evitarlo. Carlota quiere acariciarlo pero las manos no la responden, así que se limita a dejarse llevar por el peso del perro sobre sus piernas anestesiadas de espanto. Su marido hunde la cabeza en su pecho, rompe a llorar sin remedio y susurra, entre gemidos. Le arde el sabor a pólvora y sangre:

-Mi vida, Carlota, no te vayas… Ya sé que tienes que hacerlo, pero no te vayas. Burla a la muerte y quédate conmigo y con Bakio, danos veinte vidas más como esta…

Ella abre un poco los labios y, sin emitir sonido alguno, responde con un “te quiero” invisible que se evapora por la sonda nasal que mantiene sus pulmones con vida. Es su despedida inflamable y onírica. El sueño de su amor sin palabras, del dolor invertido de insomnio. No puede quedarse, pero sabe que esas dos almas que deja llorando a los pies de su cama sabrán cuidarse el uno al otro, como siempre ha deseado. No tiene miedo porque esa sensación de plenitud es algo que nadie podrá arrebatarle. Es su certificado de exitosa función. Mira a su marido por última vez y sonríe justo antes de que su organismo detenga el tiempo en sus venas, el recorrido tortuoso de sus arterias.

Un último aliento ha vencido al vacío hermético de la habitación, que ahora se aniquila a sí mismo. El anciano y su perro, acurrucados ambos en el cuerpo de Carlota, lloran en el consuelo que se ofrecen el uno al otro. Están juntos en esto y podrán afrontarlo. El dolor se irá disolviendo en la noche como una luna efervescente y quizás, cuando despierten en un nuevo día del calendario (qué más da si miércoles o domingo), saldrán a pasear bajo la cristalera fría que ofrezca el cielo y al regresar, también quizás, Bakio recibirá algún capricho.

Fdo:

Lembranza